

Rudyard Kipling

OBRAS ESCOGIDAS — AGUILAR

Escribe: HECTOR ROJAS HERAZO

Un grande escritor es igual a una masa geográfica. Con su topografía accidentada, su complejidad de climas, el atractivo y misterio de sus múltiples parajes. De allí que una labor antológica obligue, casi siempre, a sacrificar, en busca del esquema, vastas zonas estilísticas de igual e incluso mayor importancia en el aprecio y conocimiento de una obra. Afortunadamente la casa Aguilar, en su colección "Biblioteca Premios Nobel", ha sorteado con toda eficacia este obstáculo en los dos tomos de las obras escogidas de Rudyard Kipling. El gran relatista aparece en ellas en los instantes claves de su labor literaria. Desde "Kim" —ese vasto lienzo de la India colonial donde Kipling se hermana en penetración descriptiva y rigor psicológico a los maestros rusos— hasta "La Litera Fantástica y otras Narraciones", en las cuales continúa la mejor tradición de este típico género anglo-sajón, el panorama kipliniano ha sido capturado en toda su oceánica plenitud.

Podemos, en esta forma, apreciar, con entera comodidad, el drama de una inteligencia disparada hacia nobles y utópicos objetivos. Y apreciar, así mismo, la dualidad entre argumento y fines que en él aparece como una característica ya madura de la novela contemporánea. En esta colección de Aguilar asistimos al proceso de evolución y autoencuentro de Kipling. Desde el ambiente de sus baladas cuartelarias hasta ese alarde de concisión y buidez de sus cuentos metropolitanos. Kipling, como Balzac o como Chejov, es un manejador de caracteres y un pintor insuperable del contorno social. Pero sus criaturas, apretadas en la más pura línea naturalista, viven, actúan y se destruyen en una dinámica que estamos tentados de llamar catequizante. Y esto, a la postre, es su fuerza apasionante, lo que parece quedarnos como saldo de su lección novelística. Kipling trata siempre de evidenciar, manifiesta o soterradamente, el incalculable valor de cada gesto, cada momento o cada determinación del hombre. El escritor inglés vive a la caza de lo trascendente metafísico que anima cada esquila temporal de sus personajes. Kipling, en suma, persigue la disponibilidad, la justificación de cada conciencia —la del soldado, la del funcionario o la del aventurero, que parecen ser sus tipos predilectos— para cumplir su ineluctable papel en este juego de relaciones.

Algo indefinible, como el de un roce que no podemos identificar, nos queda al final de su lectura. Tal vez la vaga sensación de que toda la congoja y el suplicio terrestre son materiales para una obra incalculable y majestuosa. Las criaturas de Kipling nos dejan la impresión, debido quizás al ningún esfuerzo que se toma su autor para disimular sus constantes morales, de que "entienden", que están dispuestas a asumirse plenamente —en alegría, en desdicha o en derrota— para esa colaboración que las exige, las magnifica y las rebasa. Desde este punto de vista, Kipling es un hermano de Tolstoy y Rolland. Es un generador de esperanza y un fervoroso creyente en los atributos de claridad individual en el hombre. Estas obras completas nos permiten desmontar al riguroso artesano que fue Kipling. Desde la primera hasta la última línea se hace evidente su labor de desbroce, su preocupación por evitar la adiposidad discursiva, su anhelo de mantener esa delgadez acrada del estilo en que parece radicar el enigma de la creación literaria.

Kipling nos deja, por último otra gran lección. La de que todo creador es impetu elemental que —por obra y gracia de su apetito comunicante— se vuelve vocación, estilo y sistema. De allí que en el fondo de esta gran corriente narrativa veamos temblar los mismos elementos de dubitación, de desgracia, de humillación y de goce que ambulan, si nos asomamos un instante a su borde rumoroso, en la más pequeña y anónima de las linfas humanas.